

# EL TIEMPO

## Hannah Arendt, *La condición humana* (1958)

Inmortalidad significa duración en el tiempo, vida sin muerte en esta Tierra y en este mundo tal como se concedió, según el pensamiento griego, a la naturaleza y a los dioses del Olimpo. Ante este fondo de la siempre repetida vida de la naturaleza y de la existencia sin muerte y sin edad de los dioses, se erigen los hombres mortales, únicos mortales en un inmortal aunque no eterno universo, confrontados con las vidas inmortales de sus dioses pero no bajo la ley de un Dios eterno. Si confiamos en Herodoto, la diferencia entre ambos parece haber chocado al propio entendimiento griego antes de la articulación conceptual de los filósofos y, por lo tanto, antes de las experiencias específicamente griegas de lo eterno que subrayan esta articulación. Herodoto, al hablar de las formas asiáticas de veneración y creencias en un Dios invisible, afirma de manera explícita que, comparado con este Dios transcendente (como diríamos en la actualidad) que está más allá del tiempo, de la vida y del universo, los dioses griegos son *anthrôpophyei*, es decir, que tiene la misma naturaleza, no simplemente la misma forma, que el hombre<sup>1</sup>. La preocupación griega por la inmortalidad surgió de su experiencia de una naturaleza y unos dioses inmortales que rodeaban las vidas individuales de los hombres mortales. Metidos en un cosmos en que todo era inmortal, la mortalidad pasaba a ser la marca de contraste de la existencia humana. Los hombres son «los mortales», las únicas cosas mortales con existencia, ya que a diferencia de los animales no existen sólo como miembros de una especie cuya vida inmortal está garantizada por la procreación<sup>2</sup>. La mortalidad del hombre radica en el hecho de que la vida individual, con una reconocible historia desde el nacimiento hasta la muerte, surge de la biológica.

Esta vida individual se distingue de todas las demás cosas por el curso rectilíneo de su movimiento, que, por decirlo así, corta el movimiento circular de la vida biológica. La mortalidad es, pues, seguir una línea rectilínea en un universo donde todo lo que se mueve lo hace en orden cíclico.

La tarea y potencial grandeza de los mortales radica en su habilidad en producir cosas -trabajo, actos y palabras<sup>3</sup>- que merezcan ser, y al menos en cierto grado lo sean, imperecederas con el fin de que, a través de dichas cosas, los mortales encuentren su lugar en un cosmos donde todo es inmortal a excepción de ellos mismos. Por su capacidad en realizar actos inmortales, por su habilidad en dejar huellas imborrables, los hombres, a pesar de su mortalidad individual, alcanzan su propia inmortalidad y demuestran ser de naturaleza «divina». La distinción entre hombre y animal se observa en la propia especie humana: sólo los mejores

<sup>1</sup> Herodoto (i. 131), tras referir que los persas «no tienen imágenes de los dioses, ni templos, ni altares, y que consideran necias estas cosas», pasan a explicar que eso demuestra que «no creen, a diferencia de los griegos, que los dioses sean *anthrôpophyeis*, de naturaleza humana», o, podemos añadir, que dioses y hombres tengan la misma naturaleza. Véase también Píndaro, *Carmina Nemea*, vi.

<sup>2</sup> Véase Aristóteles, *Económica*, 1343b24. La naturaleza garantiza para siempre a las especies su ser a través de la repetición (*periodos*), pero no puede hacerlo para siempre al individuo. El mismo pensamiento, «para las cosas vivas, la vida es ser», aparece en *Sobre el alma*, 415b13.

<sup>3</sup> El idioma griego no distingue entre «trabajos» y «actos»; denomina a los dos *erga* si son lo bastante duraderos para perdurar y lo suficientemente grandes para que se les recuerde. Sólo cuando los filósofos o, mejor dicho, los sofistas, comenzaron a trazar sus «interminables distinciones» y a diferenciar entre hacer y actuar (*poiein* y *prattein*), las palabras *poiémata* y *pragmata* adquirieron mayor uso (véase Platón, *Cármides*, 163). Homero aún desconoce la palabra *pragmata*, que en Platón (*ta ton anthrôpôn pragmata*) está mejor interpretado por «asuntos humanos» y que tiene las connotaciones de trastorno y futilidad. En Herodoto, *pragmata* puede tener la misma connotación (véase, por ejemplo, I. 155).

(*aristoi*), quienes constantemente se demuestran ser los mejores (*aristeuein*, verbo que carece de equivalente en ningún otro idioma) y «prefieren la fama inmortal a las cosas mortales», son verdaderamente humanos; los demás, satisfechos con los placeres que les proporciona la naturaleza, viven y mueren como animales. Ésta era la opinión de Heráclito<sup>4</sup>, opinión cuyo equivalente difícilmente se encuentra en cualquier otro filósofo después de Sócrates.

La experiencia del filósofo sobre lo eterno, que para Platón era *arhéton* («indecible») y *aneu logou* («sin palabra») para Aristóteles y que posteriormente fue conceptualizada en el paradójico *nunc stans*, sólo se da al margen de los asuntos humanos y de la pluralidad de hombres, como sabemos por el mito de la caverna en la República de Platón, habiéndose liberado de las trabas que le ataban a sus compañeros, abandona la caverna en perfecta «singularidad», por decirlo así, ni acompañado ni seguido por nadie. Políticamente hablando, si morir es lo mismo que «dejar de estar entre los hombres», la experiencia de lo eterno es una especie de muerte, y la única cosa que la separa de la muerte verdadera es que no es final, ya que ninguna criatura viva puede sufrirla durante ningún espacio de tiempo. [...] No obstante, resulta decisivo que la experiencia de lo eterno, en contradicción con la de lo inmortal, carece de correspondencia y no puede transformarse en una actividad, puesto que incluso la actividad de pensar, que prosigue dentro de uno mismo por medio de palabras, está claro que no sólo es inadecuada para traducirla, sino que interrumpiría y arruinaría a la propia experiencia.

*Theoría* o «contemplación» es la palabra dada a la experiencia de lo eterno, para distinguirla de las demás actitudes, que como máximo pueden atañer a la inmortalidad.

#### **Séneca, *Sobre la brevedad de la vida* (49)**

(I) La mayor parte de los hombres, oh Paulino, se queja de la naturaleza, culpándola de que nos haya criado para edad tan corta, y que el espacio que nos dio de vida corra tan veloz, que vienen a ser muy pocos aquéllos a quienes no se les acaba en medio de las prevenciones para pasarla.

(XVI) Tiene, pues, la vida del sabio grande latitud, no la estrechan los términos que a la de los demás; él solo es libre de las leyes humanas (4); sírvanle todas las edades como a Dios; comprende con la recordación el tiempo pasado, aprovechase del presente, y dispone el futuro; con lo cual, la unión de todos los tiempos hace que sea larga su vida;

(XV) Éstos que andan pasando de un ocio en otro, inquietando a sí y a los demás, cuando hayan llegado a lo último de su locura, cuando hayan visitado cada día los umbrales de todos los ministros, cuando hayan entrado por todas las puertas que hallaron abiertas, haciendo sus interesadas visitas en tan inmensa ciudad, entretenida a su vez en varios deseos; ¡a cuántos no encontrarán cuyo sueño, cuya lujuria o cuya descortesía los echen! ¡Cuántos, después de haberles atormentado con hacerles esperar, se les escapen con una fingida prisa! [...] Solo aquéllos (los sabios) están destinados en verdaderas ocupaciones, y se precian tener continuamente por amigos a Zenón, a Pitágoras, a Demócrito, a Aristóteles y Teofrasto, y los demás varones eminentes en las buenas ciencias. Ninguno de éstos (los filósofos) estará ocupado, ninguno dejará de enviar más dichoso y más amador de sí al que viniere a comunicarlos; ninguno de ellos consentirá que los que comunicaren salgan con las manos vacías.

---

<sup>4</sup> Heráclito, frag. B29 (Diels, *Fragmente der Vorsokratiker*, 1922a).